

## EL PUEBLO DEL LIBRO \*

**F**IESTA DEL LIBRO! El término «fiesta» encierra, hasta etimológicamente<sup>1</sup>, un valor religioso, y por extensión y natural consecuencia, tomó también el sentido de algo «alegre, regocijado, encantador», bien patente en el adjetivo «festivo» derivado de dicho nombre, que envuelve entrambas acepciones. Ahora bien, el *libro*, que es el objeto honrado, homenajeado en esta fiesta, ¿puede realmente considerarse como un elemento sagrado, religioso, reverencial a través de las edades y culturas de los pueblos civilizados? Hasta cierto punto, sí, sobre todo en la más remota antigüedad, desde que la escritura, en sus formas primitivas, ideográfica, jeroglífica, etc., que constituirá el alma del libro, aparece en la humanidad. Los pueblos antiguos, singularmente los semitas, consideraban la escritura como un factor dotado de mágicos poderes y circuido de un halo de misticismo. Precisamente de uno de esos pueblos de estirpe semítica, visto a través del prisma polifacético del libro, en toda su complejidad histórica, quiero hablaros hoy, fiesta del libro.

---

\* Conferencia pronunciada en Melilla, con ocasión de la fiesta del libro, el 23 de abril de 1964.

<sup>1</sup> Derivase de *fēs-, fās-, feriae* (primit. *fesiae*), «reposo en honor de los dioses», de donde *festus, -a, -um*, ordinariamente unido a *dies*, m. y f. Cfr. ERNOUT-MELLET, *Dict. étym. de la langue lat.*

Ciertamente, el libro sagrado, el libro en su aspecto religioso, teológico, a través de los pueblos y las edades, ostenta predicamento y trascendencia inigualables, una primacía sin rival en la escala de valores por toda la historia humana. Del más excelso de todos ellos, sin par en la literatura universal, nos ocuparemos en seguida, con especial y merecida prolijidad.

Pero el libro, considerado en toda su complejidad, presenta panoramas mucho más amplios y completos. Es obra conjunta de las más nobles facultades humanas, inteligencia, voluntad, sentimiento, imaginación; es símbolo, compendio y síntesis de todas las actividades, progresos y conquistas realizadas durante muchos milenios por muchísimos millones de seres humanos en su acuciosa búsqueda de la verdad, la belleza y el amor: en suma, el libro es el trasunto de toda la cultura humana. Por eso la fiesta del libro esencialmente encierra la alta significación de una fiesta cultural, la más completa que imaginarse puede, puesto que abarca todos los aspectos del hombre individualmente considerado y todas las actividades milenarias creadoras de la civilización humana. Es al par repertorio y arca sagrada conservadora de todo el patrimonio espiritual y material que nos legaron las pasadas generaciones; depósito inextinguible, sustentáculo y motor efecísimo de la vida actual en su avance vertiginoso por todas las dimensiones, y estrella refulgente que guía a los mortales en su marcha inexorable hacia ignoto porvenir.

El libro es vínculo poderoso de continuidad con el pasado, al que no debemos ni podríamos tampoco sustraernos; la firme base de estabilidad en el presente y caución o garantía de venturoso porvenir. Si, por hipótesis, en una tremenda catástrofe, un nuevo diluvio de agua o de fuego, por obra de la mano justiciera de Dios o de la vesania humana, desaparecieron del haz de la Tierra todas nuestras bibliotecas públicas y privadas, todos los inmensos almacenes de libros, sin dejar rastro de la palabra escrita, fatalmente retrocedería la humanidad a los tiempos de la caverna y la barbarie más completa: horror y sombras de muerte, aún más aterradoras que la más tenebrosa noche, cubrirían toda la redondez de la Tierra.

Ved, pues, la importancia trascendental que el libro encierra como portador y portavoz de la civilización y la cultura, como

sol que ilumina y vigoriza nuestra vida espiritual y va jalonando esplendorosamente los derroteros de la humanidad. Bien merece, por lo tanto, ese símbolo redentor de la incultura y el salvajismo una fiesta anual, que sirva de meditación y estímulo a las presentes generaciones y les recuerde sagrados e inalienables deberes.

Puesto en el trance de exponer ante vuestra consideración un aspecto parcial, con sugerencias ecuménicas, de ese inmenso panorama, me sentí inclinado y hasta moralmente obligado a elegirlo dentro del campo, rico y esplendoroso, que constituye desde mi adolescencia y años estudiantiles la actividad preferida, y desde hace más de veinte es el centro de mi cotidiano quehacer docente e investigador en el *Alma Mater* granadina: «*El pueblo del libro*». Invirtiendo los términos, también podía haberos hablado de «El libro de un pueblo», pero ese tema, amplificado en su proyección sobre toda la humanidad, fue objeto de otra disertación, también con ocasión de la fiesta del libro, en Tetuán, y ha visto la luz pública con el título: «La Biblia, el libro de la humanidad».

Debo, ante todo, hacer presente que, al ponderar la importancia que el libro representa en la historia, mentalidad psicología, afares y vicisitudes de ese pueblo, no pretendo menoscabar en absoluto la influencia y alcance que el libro haya podido ejercer en cualquier otro pueblo, empezando por el español mismo. Todos tienen sus glorias, y no es de espíritus bien nacidos exaltar a unos rebajando a los demás. Sobre todo, que el amor a los libros es un vínculo poderoso de unión entre los pueblos, como lo es entre los individuos, y quizá todavía con más fuerza que otras afinidades o gustos, literarios, científicos o humanos en general, de cualquier categoría. «*Amor librorum non unit*»: «el amor de los libros nos une», es el noble lema de una entidad de librerías anticuarias (Rosenthal) de la universitaria ciudad de Oxford, fundada a principios de siglo, particularmente bien surtida de fondos hebraicos.

¡Pueblo del libro! ¿Qué pueblo es éste? Tiene muchos apellidos, y cada uno de ellos nos ofrece una visión particular y sugestiva de su hado peregrino, su desconcertante idiosincrasia, su gloriosa al par que asendereada historia y su misión trascendental,

única en los fastos de la humanidad. No es difícil adivinar cuál sea: ¡ *Israel!*

El es, ante todo, prescindiendo de su ascendencia racial en la gran familia semítica, «el pueblo escogido», electo y selecto. ¿Por quién? Nos lo dice otro título suyo, más diáfano y preclaro: «pueblo de Dios»; ambos tienen profunda y extensa base bíblica en todo el Antiguo y también en el Nuevo Testamento. «Vosotros seréis mi propiedad entre todos los pueblos..., un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex 19<sup>6</sup>), les dice el mismo Dios por boca de su legislador Moisés, el hombre de la Alianza. «Seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo...» (Lv 26<sup>12-13</sup>). Además, es un «pueblo santo para Yavé, su Dios» (Dt 7<sup>6</sup> y 26<sup>10</sup>), un pueblo «consagrado a Yavé» (Dt 14<sup>21</sup>), «un pueblo singular para El» (Dt 26<sup>18</sup>). Son infinitas las veces que esta expresión, «pueblo de Dios», aparece en el texto sagrado puesta en boca del mismo Dios y del propio Israel.

El tiene como gloriosos ascendientes a los patriarcas, Abraham, Isaac, Jacob: por eso se glorían de ser «hijos de Abraham», el *ibrí*, el hebreo, es decir originario de *allende* el Eufrates, y por eso constituyen «el pueblo hebreo» y son los Benê Israel, hijos de Israel, «pueblo de Israel» —segundo nombre del patriarca Jacob—, el pueblo de las Doce Tribus correspondientes a los Doce hijos de éste. Cuando sobrevino el destierro a Nínive, la soberbia capital de Asiria, (722 a. C.) de las Diez Tribus —reino de Israel o reino del Norte— de ese pueblo, convertido en monarquía trescientos años antes y fraccionado en dos reinos hacía dos siglos, el reino de Judá, sobreviviente a la nación hermana, deportada y después absorbida en lejanas tierras, y a su propio cautiverio en Babilonia durante setenta años, asumió la representación tradicional de todo ese pueblo, que desde entonces se llamará también y principalmente —hasta nuestros días— «el pueblo judío», pero conservando, como preciados blasones, sus títulos anteriores de israelita, hebreo y los demás mencionados, a fuer de heredero y depositario de las ancestrales glorias y tradiciones.

La gran Diáspora por todo el mundo, a raíz del derrumbamiento de su nacionalidad, su capital Jerusalén y su santo Templo ante el empuje arrollador de las legiones romanas el año 70 d. C.,

y otra dispersión, quizá todavía más completa, casi otros setenta años después, tras la sublevación de Barcoquebas (135), imperando Adriano, convirtieron a Israel en el «pueblo proscrito», el gran desterrado, apátrida, errante, tributario —*ahel al-dimma*, como se le designaba entre los musulmanes medievales, ciudadano del mundo, pero de ningún país. Y, sin embargo, no desaparecerá, aun después de sufrir durante veinte siglos tremendas hecatombes, la última, de seis millones de muertos en el execrable genocidio perpetrado por la vesania nazi, porque es «el pueblo milagro», «el pueblo inmortal», en frase del P. Lacordaire.

Otros títulos se le han asignado, algunos injustamente ominosos como un estigma, olvidando la profunda realidad ecuménica que un poeta español, gran teólogo (Lista), expresó maravillosamente ante el divino Crucificado:

«Muere, gemid, humanos,  
todos en él pusisteis vuestras manos»,

dicterios éstos últimos que la amistad judeo-cristiana ha eliminado radicalmente y condena, con lo que ellos significan, el esquema de ecumenismo del pendiente Concilio Vaticano II, inaugurando —así lo esperamos— una nueva era de comprensión y confraternidad (núms. 37 a 42)<sup>2</sup>.

Pero ese pueblo-enigma, ese pueblo, clave en la historia de la humanidad, que sin él resultaría incomprendible, ostenta además otro título polifacético particularmente interesante, que en el orden humano tal vez exprese mejor que ninguno otro la razón de su existencia y es como el símbolo de su pasado, cifra de su presente y orientación de su porvenir, es el de «Pueblo del Libro». Es tan amplio y abigarrado, de tan ilimitadas perspectivas y variados aspectos, que no cabe una exposición completa de ese título en el breve marco de una disertación. Por lo tanto, hemos de compendiar y limitarnos a una visión panorámica de conjunto, insinuando, sugiriendo, a veces, más bien que desarrollando toda la policromía de esas facetas.

<sup>2</sup> Tal era el estado de la cuestión cuando se pronunció la conferencia. Tras varias vicisitudes se fijó la posición del Concilio respecto al pueblo judío en la «Declaración de las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas» (n.º 4).

Doce variedades, como doce estrellas engarzadas en esa aureola de resplandecientes fulgores, repartidas en tríadas, por analogía o conexión, vamos a considerar en esta charla con honores de lección.

1. Israel en el curso de su historia, desde el Sinaí, hace treinta y tres o más siglos, es «el pueblo del Libro» por excelencia y antonomasia, la Biblia. Recordemos que en el Alcorán, el libro sagrado de los musulmanes, se distingue a los judíos llamándolos «pueblo del Libro (lit. «los que recibieron el Libro»), exactamente el Pentateuco, la Torá). Aparte de la singular prerrogativa de la divina inspiración, exclusiva de ese Libro, o más bien colección de libros, como su nombre, «Biblia», indica, cuarenta y seis correspondientes al A. Testamento y veintisiete al Nuevo, obra todos ellos de escritores hebreos, exceptuando únicamente, y con bastantes salvedades, el Evangelio de San Lucas<sup>3</sup>, y prescindiendo de sus valores sobrenaturales como mensaje divino al mundo, la Biblia es la magna creación colectiva de Israel, el cual ha sido también, a través de las edades, su fidelísimo y en ocasiones heroico depositario, su leal intérprete, perpetuo investigador y constante estudioso de ese Libro sagrado.

Ha cumplido esencialmente y con voluntad tesonera —pese a las inevitables flaquezas humanas— la orden dada por Dios al segundo caudillo de Israel, el invicto Josué: «Que ese libro de la Ley no se aparte nunca de tu boca; tenle presente día y noche, para procurar hacer cuanto en él está escrito, y así prosperarás en todos tus caminos y tendrás buen suceso» (Js 1<sup>o</sup>). Ahí está, virtualmente, en ese versículo de veintitrés palabras, en el texto original hebreo, la historia entera de Israel, con sus luces y sus sombras, su positivo y su negativo, su adhesión acendrada a los divinos preceptos y sus eventuales prevaricaciones o desvíos, que tanto flagelaron los Profetas. Ya en el Deuteronomio se inculca reiteradamente «Llevarás muy dentro del corazón todos estos mandamientos. Incúlcaseles a tus hijos, y cuando estés en tu casa, cuando via-

---

<sup>3</sup> Antes de abrazar la fe cristiana, era probablemente prosélito judío, y sobre todo se sirvió, como el mismo indica en el Prólogo de su Evangelio, para la composición de éste, amén de los obvios testimonios orales, de muchos judíos contemporáneos suyos.

jes, cuando te acuestes, cuando te levantes, habla siempre de ellos. Atátelos en tus manos para que te sirvan de señal, pónelos en la frente entre los ojos; escríbelos en los postes de tu casa y en tus puertas» (Dt 6<sup>6-8</sup>; cfr. ítem 11<sup>18,20</sup>). Es decir, los preceptos divinos contenidos en ese Libro inmortal serán el vademécum de todo piadoso israelita, el sol que ilumine su vida entera.

Numerosas son las acepciones que se dan al término *séfer*, «libro», en la Biblia, cuyo título completo es «*Séfer Torá<sup>h</sup>, Nebi'im u-*ketúbim**: «Libro de la Torá, Profetas y Hagiógrafos». Tiene, ante todo, el sentido genérico de escrito cualquiera, que se envía, epístola, decreto que se promulga, documento legal, y, naturalmente, la significación más concreta y específica del «libro, volumen, memorial». Se habla repetidamente de «Libro de la Ley», del libro de las genealogías, de las crónicas o anales de los reyes, de los oráculos o profecías, del libelo de repudio, de las Letras o literatura en general: siempre el *libro* con su valoración alta y majestuosa; pero el uso más frecuente es para designar el *Libro de la Ley* específicamente, la Torá, y en su sentido lato, los libros todos sagrados en general. En esa fuente inmortal de vida se templó la indomable energía moral de Israel y su inmenso espíritu de sacrificio.

La *Torá* fue su antorcha luminosa, norma y conducta de vida, «enseñanza» en suma, que es lo que etimológicamente significa esta palabra, más bien que ley propiamente dicha, concepto diametralmente opuesto al de las leyes según el concepto romano, que todavía sigue imperando en los Códigos europeos. La *Historia*, realizada por esa aureola de la divina Ley en el Pentateuco, y por el espíritu de los Profetas (*Nebi'im Ri'sónim*, «Profetas primeros») en los libros siguientes, de Josué, Jueces, Samuel y Reyes más otros posteriores, fue verdadera *magistra vitæ* para las generaciones posteriores. El *Libro de los Salmos* ha sido durante treinta siglos, alabanza latréutica, himnario, alegoría, deprecación, evocación histórica, presagio mesiánico y piadosa efusión sentimental del alma israelita, como también del alma cristiana sedienta de Dios. Los *Libros Sapienciales*, cada uno con su peculiar fisonomía y estilo, adoctrinaron a Israel, con el arrullo de la poesía, pues están en verso casi totalmente, en la auténtica sabiduría, infinitamente más elevada y provechosa que la *sofia* griega. Los libros prodigio-

sos de Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y demás *profetas* elevaron la espiritualidad de Israel a las cimas inaccesibles de la sublimidad.

Si Homero educó a la inteligente e ingeniosa Grecia con sus dos magnos poemas, y Virgilio, su imitador, a la Roma imperial con la Eneida, la Biblia ha educado y sostenido al pueblo hebreo de generación en generación, como después educaría, y, lo que vale más, convertiría, a la Europa medieval, cuyo libro de texto universal fue durante el milenio medieval. Bastaría esta consideración para explicarnos el misterio insondable del pueblo judío, el secreto de su vitalidad y su influencia en tantos órdenes de la cultura y su evidente superioridad aun frente al glorioso mundo helénico: es *el pueblo del libro* más portentoso de la humanidad, la Palabra de Dios en lenguaje humano.

2. La historia de Israel, como la historia del mundo, pero de modo más trágico que ésta, se divide en dos grandes eras, separadas por el acontecimiento más grande que vieron los siglos: el advenimiento de Jesucristo. Pocos decenios después, el pueblo hebreo se verá disperso por toda la haz del mundo: una nueva vida, y un *nuevo libro*, en parte idéntico y en parte principal distinto de la Biblia, regirá los avatares de esa existencia durante siglos. El Israel de la Diáspora, sin abdicar jamás de su estudio y devoción entrañable a la Biblia, su ciudadela espiritual será, no obstante, fundamentalmente el pueblo de otro libro, representativo, por muchos conceptos, de su especial situación en el mundo medieval, segunda creación colectiva del genio judaico y su magna enciclopedia del primer milenio cristiano: *el Talmud*.

Mucho y bastante inconsideradamente se ha escrito sobre esta obra dúplice: *Talmud palestinense* (llamado *jerosolimitano*) y *Talmud babilónico*, totalmente inabordable a los no judíos durante tantos siglos por su intrincadísimo lenguaje, estilo y contenido, verdadera «bestia negra» atrozmente perseguida por los cristianos durante la Edad Media, hasta el punto que se salvó de milagro, y no íntegramente, en sus dos indicadas recensiones. Sin embargo, su nombre no puede ser más inocuo: Talmud significa «enseñanza, estudio» —se entiende, de la Ley, pues su nombre completo es Talmud Torá: enseñanza ampliada, comentada y práctica de la



Ley—; y en cuanto a su contenido, casi todo versa sobre cuestiones específicamente judaicas, con amplísimas disgresiones *de omni re*. Un erudito del siglo XVII (Wagenseil), no demasiado afecto al judaísmo, refiriéndose a la parte básica de ambos Talmudes, la Mišná, declaró con toda franqueza: «Afirmo que en toda la Mišná no se encuentra ni huella de algo que pueda herir o menospreciar las cosas santas del cristianismo». La Enciclopedia Judaica Castellana insiste y amplía: «El Talmud no habla del cristianismo y se ocupa relativamente poco de los «sectarios» en general, a pesar de lo cual había de causar a los judíos sufrimientos considerables hasta el siglo XIX». Alguna excepción podría hacerse respecto a ciertas frases irreverentes, razón por la cual algunas ediciones publicadas en países cristianos aparecieron con determinados fragmentos en blanco; pero es muy significativo el hecho de que habiendo figurado en el *Index librorum prohibitorum*, hace tiempo se le quitó ese cauteloso sambenito, sin duda por innecesario e injusto.

Muchos autos de fe se efectuaron con sus ejemplares, tan trabajosamente copiados, en las plazas públicas de algunas ciudades cristianas, y en esas llamas devoradoras, atizadas por lá ignorancia y preocupaciones de la época —mejor diríamos extemporáneo fanatismo— perecieron también magníficos códices bíblicos en hebreo y otras obras maestras del judaísmo medieval. El escrutinjo previo de las bibliotecas, cuando se hizo, fue obra de ignorantes o exaltados; pero, por lo general, más bien lo que se hacía era un saqueo violento por turbas desenfrenadas, que entraban a saco en la judería. En cierta quema pública perpetrada por la culta ciudad de París se incineraron cuarenta carretadas de libros judaicos. Calculad el inmenso dolor que supondría para los sabios doctores de Israel, como para todo piadoso israelita, tan amantes unos y otros de sus libros, un espectáculo tan desolador, acompañado por añadidura del regodeo y sarcasmo de los incendiarios y de la chusma. Cada disputa o pública controversia entre cristianos y judíos, tan frecuentes y bajo los auspicios de las autoridades eclesiásticas y civiles en los siglos XIII y XIV, era seguida de un auto de fe o quema del Talmud.

Como satélite del Talmud, durante las edades Media y Moderna, bien que proyectado solamente sobre una minoría intelectual,

cumple mencionar asimismo la *Cábala* —otra creación judaica muy mal conocida e interpretada—, que se identifica con el misticismo, aun cuando también tenga otras derivaciones, y aspira a penetrar en los recónditos misterios del divino Libro y secretos de la divinidad, forzando incluso los límites de la mente humana. También su nombre, envuelto según el concepto popular en el lúgubre cenital de perversas maquinaciones y subversivas conjuras, encierra una significación puramente didáctica. *Cábala* es la enseñanza *recibida* (del verbo *qabal*, «recibir») de los maestros, por más que lleve aneja la acepción de *mystikoterá*, secreta, misteriosa, esotérica.

3. Pero además de estos dos libros que hemos considerado en los dos apartados precedentes, como típicamente representativos del pueblo hebreo en el mundo bíblico y en el mundo de la Diáspora, hay otro libro intuido por Israel, o, mejor, revelado por Dios entre los arcanos de ultratumba, al que Israel ha tendido de continuo sus miradas, y que no pocas veces ha enjugado sus lágrimas, sirviéndole de lenitivo y bálsamo de esperanza en sus dolores: es el *libro de la Vida*, el libro de los elegidos de Dios, que se menciona en diversos lugares del Antiguo y también del Nuevo Testamento.

Moisés, ante la prevaricación de su pueblo, rendido adorador del becerro de oro, al pie del Sinaí, ruega a Dios en un rasgo sublime de abnegación: «Este pueblo ha cometido un gran pecado: se han hecho un dios de oro. Pero perdónales su pecado, o bórrame de tu *libro*, del que tú tienes escrito». Pero Yavé, justiciero, le contesta: «A él, que ha pecado contra mí, es al que borraré de mi libro». (Ex 32<sup>31-33</sup>). El Salmista exclama: «Vieron tus ojos mis obras, escritas están todas en tu *libro*» (Sal 139<sup>16</sup>). Y entre las terribles imprecaciones contra los enemigos de Israel que son los enemigos de Dios, contenidas en el salmo 69, «Oración del pueblo vejado», figura ésta, definitiva: «Sean borrados del *libro de la Vida* y no sean escritos con los justos» (Sal 69<sup>29</sup>).

Cuando el profeta Daniel, en sus presagios apocalípticos, vaticina el triunfo del pueblo elegido, dice así: «Se alzaré Miguel, el gran príncipe, el defensor de los hijos de tu pueblo, y será un tiempo de angustia, tal como no lo hubo desde que existen las naciones hasta ese día; y entonces se salvarán los que de tu pueblo estén es-

*critos en el libro»* (Dn 12<sup>1</sup>). Y añade en los tres versículos siguientes estas palabras terribles al par que consoladoras:

«Las muchedumbres de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para eterna vida, otros para eterna vergüenza y confusión. Los *doctos* brillarán con esplendor de cielo, y los que enseñaron la justicia a la muchedumbre resplandecerán por siempre, eternamente, como las estrellas. Tú, Daniel, ten en secreto estas palabras y *sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos lo leerán y acrecentarán su saber.*» (Dn 12<sup>2-4</sup>).

También San Pablo, el rabino cristiano, educado a los pies del gran doctor Gamaliel, recordando a algunos beneméritos colaboradores suyos en la predicación de la Buena Nueva, dice de ellos que «sus nombres están escritos en el *libro de la Vida*» (Flp 4<sup>3</sup>).

Pero donde con mayor insistencia y detalle se habla de ese libro maravilloso de los arcanos divinos es en el Apocalipsis (5<sup>1-9</sup> y 10<sup>8,10</sup>, etc.). En la descripción de la Nueva Jerusalén se dice:

«La gloria de Dios la iluminaba y su lumbrera era el Cordero. A su luz caminarán las naciones y los reyes de la tierra llevarán a ella su gloria... En ella no entrará cosa impura ni quien cometa abominación y mentira, sino *los que estén escritos en el libro de la Vida del Cordero.*» (Ap 21<sup>23-27</sup>).

Pero hay allá arriba otro libro también, que puede ser de la vida o de la muerte: es aquél en que se anotan las acciones de cada uno en esta vida terrena.

También en la literatura hebrea postbíblica hállanse referencias a ese libro misterioso. En el popularísimo tratado *Abót*, que contiene las máximas morales más famosas de los *tannáitas*, los doctores que elaboraron la Mišná, se hace presente en tono severo esta advertencia del compilador, R. Yehudá ha-Nasí: «Sabed que hay por encima de vosotros un ojo que observa, un oído que escucha y *un libro donde todas vuestras acciones están escritas*» (Ab. 2<sup>1</sup>). *Liber scriptus proferetur*, «traeráse el libro escrito», se dice análogamente, con referencia al Juicio final, en el *Dies irae*, *dies illa* de la misa de difuntos.

4. Pasemos a la segunda tríada del programa. Israel, a lo largo de su dilatada historia, no solamente se ha mostrado «el pueblo del Libro» por antonomasia, sino también del *libro* en general, de los libros, de la propia ilustración y dignificación mediante el saber, de la cultura, en suma, y quizá con más amor y tesón que ningún otro pueblo de la tierra. También podría afirmarse ha sido ésta una de las palancas de la influencia judaica en el mundo y las sociedades de todos los tiempos y lugares, aunque con variable fortuna, donde han convivido desde la Diáspora. Si alguno les censura por esto, en vez de imitarlos y emularlos, le diríamos simplemente que ese instrumento de acción está al alcance de todos, siempre, naturalmente, dentro de las posibilidades que la naturaleza, o por mejor decir, Dios, otorgó a cada uno.

Esa llaga vergonzosa del analfabetismo, que tantos valores humanos anula, oprobio de tantos países y comarcas todavía en pleno siglo XX, hace siglos que no existe en Israel, al menos para los varones, y en nuestro siglo tampoco para las mujeres hebreas, que muchas veces no son ya solamente colaboradoras sino rivales del hombre en las tareas intelectuales, y eso a pesar de las precarias y míseras condiciones de vida en el ghetto o la judería, y fuera de ahí, en que tantísimos judíos se han desenvuelto. Diríase les ha servido de acicate, amén de otras muchas razones y consideraciones —pues los libros sapienciales están cuajados de exhortaciones a la Sabiduría— la antes mencionada sentencia del libro de Daniel: «Los doctos brillarán como el esplendor del firmamento» (Dn 12<sup>a</sup>), y no solamente en la otra vida, de que ahí se habla, sino, también, dentro de un orden inferior, aunque noble, el simplemente humano, en la presente.

Vale recordar que en las persecuciones medievales llegóse a veces, como en la pragmática de D.<sup>a</sup> Catalina de Lancaster, regente de Castilla, a principios del siglo XIV, a vedar a los judíos el ejercicio de, prácticamente, todas las profesiones y oficios, estrechando a la mísera grey judaica en un círculo asfixiante. Pero no se pudo prohibirles el cultivo de la inteligencia, y desde ese alcázar —no solamente el del dinero, en que hubieron de refugiarse, en parte por idénticas razones— ha seguido dominando el mundo, como tantos afirman, o, si tal aseveración parece exagerada, ejer-

ciendo al menos un papel a menudo preponderante. Es «el pueblo del libro».

Fijémonos solamente en la flor y nata de las personalidades eminentes en todas las ramas del saber pertenecientes a la estirpe judaica, y ya que la Estadística está de moda, con honores de ciencia flamante, utilicemos por esta vez sus datos, de especial veracidad por tratarse de listas nominales de personajes que realmente existieron o existen todavía. La Enciclopedia Judaica Castellana (México, t. III, 1948), en su artículo «*Ciencias e Inventos*» consigna aproximadamente 600 nombres de científicos judíos de renombre universal. Todavía más completo es el pequeño Manual Enciclopédico Judío (Buenos Aires, 1950), de Pablo Link, que trae al final largas listas de «Judíos distinguidos en distintas especialidades» de todas clases, por orden alfabético de éstas, empezando por «Actores y actrices» y terminando por «Zoólogos»: su número alcanza la sorprendente cifra de unos *tres mil*, gran parte de los cuales pertenecen al siglo pasado y al presente.

Notemos, asimismo, que la cuantía de premios Nobel conferidos a sabios judíos en las cinco ramas, de Física, Química, Medicina, Literatura y hasta Paz (esfuerzos por la Paz Mundial) —incluyendo a cinco bautizados— durante la primera mitad del siglo XX (1905-1948) es en verdad asombrosa, pues suman nada menos que *veintisiete*. ¿Qué país puede presentar semejante ejecutoria de nobleza en las Ciencias y nobles artes de la Paz?

Permitidme una digresión. No quisiéramos que nadie pusiese en tela de juicio nuestro acendrado patriotismo, perfectamente compatible, cuando es sincero y de buena ley, no el trasnochado chauvinismo, que censuraba Menéndez y Pelayo, con el entusiasmo y admiración generosa ante extrañas grandezas. España tiene también como imperial corona un elenco numerosísimo de hombres ilustres y glorias inmortales en todas las ramas y categorías; la Providencia ha sido muy espléndida con nuestra patria. Mas también es verdad que a veces nuestros antepasados, en punto a proezas y hazañas —y las tareas intelectuales y artísticas rayán con frecuencia en lo hazañoso y legendario— eran, como se ha dicho: «*largos para facellas y cortos para contallas*». Y aun en ocasiones se dijo de Castilla, mi patria —no digo chica, porque es muy grande, has-

ta en el olvido de su grandeza— este reproche, tal vez merecido: «Esta es Castilla, que face a los hombres y los desface».

Los judíos, herederos de la preocupación genealógica peculiar a los pueblos semíticos, han sido también diligentes en perpetuar sus blasones científicos, literarios, artísticos, etc., y en esto nos dan ejemplo.

5. Otro aspecto interesante y aleccionador de lo que el libro representa en el pueblo de Israel desde los tiempos antiguos, nos lo brinda el concepto etimológico de *sófér*, «escriba, intelectual, hombre de letras, doctor o sabio», vocablo de noble predicamento en la historia cultural y religiosa de Israel. La raíz semántica de este sustantivo, participio del verbo *safar*, «esculpir, escribir» y, por extensión, «contar, exponer, narrar, manifestar», es la misma de *séfer*, «libro», antes indicada. La relación mental entre ambos términos es evidente. Un *sófér* es un hombre «que escribe» (*scriba* en latín, más exacto que *γραμματέως* «gramático», de la versión griega), «hombre del libro» u hombre de letras en sus varios sentidos. Naturalmente, la acepción literal de «escribiente» designa al hombre de letras de la antigüedad y el Medievo, es decir, el avezado a la escritura, hábil pendolista y, como consecuencia o presupuesto necesario, competente en las artes del saber.

Ciertamente que la sabiduría se puede adquirir de múltiples maneras, desde la ciencia infusa hasta la vida con sus claroscurros, su continuo desfile de seres y sucesos, sus alegrías y sus amargos desengaños; mas hoy, lo mismo que en los tiempos antiguos, desde la invención de la escritura, la ciencia se expresa, conserva y difunde principalmente por medio de la palabra escrita, de una u otra forma, directa o indirectamente, de modo inmediato o mediato: los libros son los mudos depositarios del saber.

Pero, además, volviendo sobre la significación de *sófér*, aunque para ser sabio, sobre todo «sabio de corazón», como en hebreo se denomina al artista, no es imprescindible ser escritor, y hay muchos *escribidores* con poquísima ciencia, lo cierto es que los buenos libros los escriben los doctos, y hoy día resultaría anacrónica y difícil de conseguir la aureola o reputación de erudito, sabio o perito en una rama o especialidad cualquiera de la Ciencia o las Letras, sin haber escrito nada para instrucción o recreación

de los demás. De ahí el valor moderno de ese antiguo vocablo hebreo, tan expresivo, *sófér*, «el que escribe», el docto, el «hombre de libro».

6. Pero la inclinación y afición judía a los libros ha sido tan grande que incluso ha invadido, como no podía por menos, la esfera de la *Bibliofilia*, es decir, la pasión, el amor al libro por el libro mismo, y aun pudiéramos añadir, con el Diccionario de la Academia, «especialmente por los curiosos y raros». Es una actitud que abarca los postulados de arte, ciencia, gusto y amor por los libros, y en todos ellos ha descollado el pueblo de Israel, demostrando con ello ser el verdadero «pueblo del libro» en todos los aspectos. Incluso entre las infinitas profesiones que ha ejercido siempre y por doquier, la de bibliópola o librero ha sido y es asaz frecuente, a menudo precisamente en la modalidad de anticuario (*antiquarian bookseller*).

No deja de ser curioso que hasta se habla en el libro de Josué (15<sup>15</sup>), que narra sucesos del siglo XII a. C. o anteriores, y en el de los Jueces (1<sup>11</sup>), de *Qiryat-Séfer*, «la ciudad del libro», posteriormente llamada *Debir* (Is 1<sup>15</sup> y 10<sup>38-39</sup>), *civitas litterarum*, según la Vulgata, radicada en la tribu de Judá. El nombre fue muy oportunamente adoptado por la mejor revista bibliográfica judía, publicada en Israel. Dicha denominación en una ciudad parece indicar un centro especial de cultura y amor al libro, y tal vez las industrias con él relacionadas, sorprendente en tan remota edad.

7. Otra tríada de aspectos a considerar en el pueblo hebreo en relación con el libro son: a) lo mucho que los de su estirpe han escrito; b) lo muchísimo que sobre ellos se ha escrito en todos los tiempos y más en la actualidad; c) las muchas literaturas que los judíos han cultivado. Empecemos por el primero.

En ese piélagos inconmensurable que representa toda la producción escrita de la humanidad, desde el maravilloso invento de la escritura fonética y el no menos portentoso de la imprenta, hay una porción considerable, no solamente por sus altísimos valores, sino también por su cuantía, cuya paternidad corresponde al genio judaico. Mucho antes que empezaran a balbucear los poetas, filósofos, historiadores y demás escritores griegos, incluso su primicerio

Homero, que vivió por el siglo IX, y que floreciera, por tanto, el siglo de oro de la literatura helénica (IV a. C.), ya se habían compuesto los libros, poemas, moralidades y oráculos más antiguos de la Biblia. La época del hebreo clásico se cierra con la deportación a Babilonia, a principios del siglo VI a. C. Moisés vivió en el XIII, o según otra cronología, llamada «larga», en el XV; David y Salomón reinaron en el X; el altísimo profeta y poeta Isaías, uno de los más excelsos de la humanidad, fue contemporáneo del rey Ezequías, finales del siglo VIII y comienzos del VII.

En esas fechas aún faltaba mucho tiempo para que los grandes escritores griegos conocidos, aparte de Homero, hicieran su aparición triunfal. Al arcaico Hesíodo se le suele situar hacia el siglo VIII. Desde Moisés, y aun antes, no ha cesado jamás de producir obras el genio hebraico: ¡treinta siglos largos de fecundidad! Y todavía hay muchos tan mal informados que creen no ha escrito más que la Biblia, y eso gracias a la inspiración divina. Recordemos que la antigua literatura griega alcanzó solamente, como límites máximos, desde Homero hasta los Padres de la Iglesia unos quince siglos como máximo y la latina, desde sus primeros monumentos, como la famosa ley de las Doce Tablas (451 a. C.) hasta los últimos escritores cristiano-romanos y la legislación justiniana (565 d. C.) no rebasa los mil años. Aun incluyendo la supervivencia de la lengua latina en los dominios de la cristiandad y esferas científicas, que en realidad constituye una era nueva y distinta de la literatura latina, hasta nuestros días, tendríamos una duración máxima de veinticinco siglos: cinco menos, por lo tanto, que la literatura hebrea, que si admite división de épocas y períodos, pero siempre tiene como cultivadores, sin solución de continuidad, a los hijos de ese pueblo. En cuanto a las modernas literaturas europeas, apenas podría señalárseles un milenio, y no es poco, desde sus comienzos hasta hoy.

Todos estos datos comparativos son sobradamente elocuentes de por sí para ponderar la superioridad de la literatura hebrea en el *tiempo*.

¿Y en el *espacio*? Todavía supera con mayores creces la literatura de Israel a cualquiera de las demás. Aparte de la proyección ecuménica de los libros sagrados —la Biblia civilizó a Europa, como hemos dicho, y por irradiación suya a gran parte del resto del mun-



do—, si consideramos al Israel de la Diáspora diseminado por todos los países del globo terráqueo, incorporado a la vida social, económica y cultural de los mismos, observaremos que dondequiera se encontrara terreno abonado y ambiente cultural idóneo, la aportación judaica no se ha hecho esperar.

Brillante y copiosa, aunque no bien conocida ni estudiada, fue durante la época helenística en lengua griega; extraordinaria y pujante en la hispano-árabe durante cinco siglos en lengua árabe; estimable durante los tres últimos medievales en castellano por la obra de los judíos, conversos o no, radicados en los reinos cristianos de la Península, y múltiple, de gran alcance, dentro de las edades moderna y contemporánea, en las naciones europeas y americanas, del Norte y del Sur, donde han existido comunidades o núcleos importantes de población judía. Eso aparte de los robinsones literarios, no raros en ese pueblo.

Sería del más alto interés, aunque de ardua realización, una historia comprensiva de todas esas modalidades mixtas de la literatura judaica universal. Algo, aunque de modo esporádico, se recoge en las modernas Enciclopedias judías; pero sería menester sistematizarlo y completarlo en forma didáctica.

Y ¿qué diremos de la *calidad y valía* que atesora esa literatura de tan espléndidas coordenadas en el tiempo y el espacio? Ya anteriormente hemos expuesto sus eximios valores y singulares prerrogativas por lo que a los libros sagrados se refiere; pero incluso en el orden meramente humano figuran en su elenco los más grandes poetas de la humanidad, tanto religiosos, David, Isaías, Jeremías..., como profanos, Ibn Gabirol, Yehudá ha-Leví, Semuel ibn Nagrella, Moisé ibn Ezra, entre los hispanojudíos, Bialik y Tschernikowski entre los modernos, o tienen derecho al menos a ocupar un puesto de honor entre los más excelsos vates de todos los tiempos. Maimónides, el gran polígrafo cordobés, «el Aristóteles judío de los siglos medios», en frase de Menéndez Pelayo, es uno de los más grandes pensadores y más fecundos escritores que han existido. Y tantos más preclaros ingenios en todas las ramas.

Respecto a la *cuantía* de esa producción tres veces milenaria, que ha florecido en todos los vergeles culturales de la tierra, hojead cualquier manual de Literatura hebrea y veréis centenares de nombres ilustres. Recurramos, sin embargo, por segunda vez a la elo-

cuencia de los números. En el antes mencionado Manual Enciclopédico judío se registran 113 filólogos, 96 filósofos, 128 historiadores de Arte y Literatura, 93 jurisconsultos y 153 poetas: cerca de 700, totalizados, sin contar otras ramas de la ciencia y el saber. Añadamos que la aportación de la mujer en algunos de estos campos es apreciable.

Al que desee un conspectus general abreviado de esa gran aportación judía a la común obra cultural humana, le recomendaríamos *El legado de Israel* (Oxford) y el precioso librito del gran historiador judío inglés Cecil Roth: *The Jewish contribution to civilization* (Oxford, 1945, 370 pp., en formato pequeño).

8. Si mucho es lo que han aportado los judíos a la literatura universal, casi diríamos no es de menor volumen —aunque sí de muy distinta valoración— todo lo que sobre los judíos se ha escrito en todos los sentidos, en el decurso de veinte siglos. Sobre todo en los últimos tiempos y señaladamente en la actualidad, las prensas han gemido larga y a veces furiosamente con temas judíos, que en verdad están de moda. Bien puede asegurarse es ya demasiado lo que al respecto —y no siempre con mucho *respeto* a la verdad ni con documentada información— se viene escribiendo. ¡Todavía se siguen aireando los famosos *Protocolos de los Sabios de Sión*, burda superchería, plenamente demostrada!

Allá en la época romana, tanto Filón como Flavio Josefo, y otros más, tuvieron que defender a sus correligionarios contra acres impugnadores. Teodoro Reinach recopiló el siglo pasado en un libro, hoy muy buscado, todas las referencias de los escritores clásicos, griegos y latinos, al pueblo judío. Las alusiones de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia a los judíos llenan muchas páginas de los volúmenes de la gran *Patrología* griega y latina de Migne. En la Edad Media las controversias cristiano-judías, tan frecuentes, dieron lugar asimismo a una copiosa literatura por ambas partes contendientes, que está reclamando, lo mismo que la anterior y la posterior a esa época, una historia crítica completa e imparcial.

Siglos después, la acción perseverante y tenaz de la Inquisición, movida a veces por escritos sospechosos o claramente notados de heterodoxia, motivó a su vez no pocos escritos de refutación, que vinieron a aumentar la ya copiosa bibliografía. Pero en las edades

moderna y contemporánea, y más aún en la novísima, se ha acrecido increíblemente la literatura de temas hebraicos o mejor judíos, pues los bíblicos, exegéticos, filológicos en torno a la lengua hebrea no entran propiamente en la producción a que nos estamos refiriendo, sino más bien los históricos, políticos, polémicos, ocupando un extenso y fatídico apartado el de la literatura antijudía. La *Judenfrage*, «cuestión judía», se puso de palpitante actualidad en la Europa Central y movió muchas plumas; las revoluciones políticas y sociales suelen empezar y gestarse en el terreno ideológico, y como la idea tiende a convertirse en acto, siguen después los movimientos, a veces con ímpetus de huracán y sangrientas tempestades. Los hechos están bien recientes y no hace falta recordarlos.

9. Mención aparte se merecen en este recuento del binomio «Israel» y «libro» que nos ocupa las numerosas literaturas mixtas, exótica creación del pueblo judío al encontrarse transplantado en países extraños.

*Goy* y *Loez* son términos hebreo-bíblicos, que designan elementos ajenos al judaísmo, de orden personal y lingüístico, al igual que βάρβαρος lat. *barbarus*, indicaban respectivamente a los no-helenos y no-romanos o no-latinos. Así *loez* y su pl. *loezim*, designan la lengua o los vocablos no hebreos, tomados de otras lenguas, singularmente las romances europeas. La gran enciclopedia sefardí de exégesis bíblica elaborada a lo largo de los siglos XVIII y XIX, se tituló con palabras del Salmo CXIV, *Me'am Loez*, Vg. «*de populo barbaro*», es decir, forastero, no-hebreo.

En esos mundos satélites del específicamente hebraico por la lengua y otros elementos, de las literaturas mixtas, obra de judíos, ocupan el lugar primordial en los tiempos antiguos la *judeo-araméa*, que alcanza al propio canon bíblico, la *judeo-helenística*, noblemente representada por la venerable versión alejandrina llamada de los LXX, y en la Edad Media española la *judeo-árabe*, que tuvo, con las producciones en hebreo, honores de siglo de oro, todavía no superado en los anales literarios de Israel de siglos posteriores.

La sin par literatura *sefardí* de exégesis bíblica, redactada en ladino o judeoespañol, verdadero dialecto hispano, con características muy peculiares y de especial simpatía para todo español, es tam-

bién una de esas literaturas mixtas. Paralela a ésta, y también de gran importancia, es la literatura *idiš* (o *yidiš*), en judeoalemán, que todavía conserva bastante vida entre los judíos procedentes de las comunidades centroeuropeas, polacas y rusas, y es vehículo de pujante literatura.

Al lado de éstas, si bien en un plano inferior, podrían situarse otras literaturas mixtas, de tipo análogo, tales como la judeo-polaca, judeo-griega moderna, judeo-persa, etc.

Pero el puesto de honor, en la producción moderna de judíos fuera del ámbito hebraico, por su cuantía y prestancia, se lo lleva su contribución a las letras en las principales lenguas europeas, inglés, francés, alemán, italiano, español, etc.

Una obra que estudiara todas esas aportaciones sería digno complemento a las historias de la literatura hebrea que modernamente van apareciendo, sector en que alguna parte nos corresponde. ¡Ojalá pudiéramos dar cima a tan meritoria empresa!

10. El afán disculpable de agotar en cierto modo el tema propuesto —aun encuadrado en los límites de una lección— nos anima a tratar brevemente tres aspectos más del libro en conexión con el pueblo hebreo; el primero, de interés meramente folklórico y curioso, y los otros dos, sobre todo el último, de importancia histórica.

«Detrás de la Cruz está el diablo», y al socaire de la religión bulle con frecuencia la superstición, que se infiltra sutilmente en las creencias y llega fácilmente a suplantarlas y desvirtuarlas. La superstición se desarrolla al amparo de la ignorancia, como el fanatismo a impulsos de la exuberancia y la violencia.

El profundo y reverencial respeto a los sagrados libros desorbitó a veces sus genuinos valores, llegando a producir verdaderas aberraciones. Algo de esto podría tildarse a la Cábala en sus excéntricas aberraciones y prácticas adivinatorias o mágicas, en que parcialmente degeneró, y que extraviaron a no pocos sutiles ingenios. Pero aquí queremos hablar de otra de esas formas reprobables en el uso de la Biblia: la Bibliomancia, practicada en algunos sectores judíos, pero también en otros ámbitos, y aun diríamos en casi todos los pueblos. Aquí nos limitamos, como es natural, a nuestro tema.

La Bibliomancia (nombre derivado de βιβλίον «libro», y μαντεία «adivinación») se define como «adivinación abriendo un libro al azar», para averiguar un secreto o cualquier cosa desconocida, la solución de un problema, y aun la curación de una enfermedad. La Enciclopedia Judaica Castellana resume esta cuestión en las siguientes palabras:

«Generalmente se emplea el método de abrir el libro sagrado, p. ej. la Biblia, una página cualquiera y señalar sin mirar algún versículo o alguna palabra con el dedo o con un alfiler. El texto hallado se interpreta con el problema que motiva la adivinación. Durante la edad Media, se acostumbraba llevar a los enfermos ante el arca de la sinagoga, leer algunos salmos y luego abrir el rollo del Pentateuco. El primer nombre propio que se leía se daba al enfermo y se rezaba nuevamente, con indicación del nombre antiguo y del nuevo del enfermo. También se utilizaban los libros bíblicos para prever el tiempo o para tomar decisiones difíciles.» (T. II, p. 271).

Si reprochable, como tal, esta superstición o superchería, una de tantas en la historia de los extravíos humanos, no podemos menos de reconocer, en el caso de la Biblia así empleada, que en el fondo dimana de la gran veneración y profundo acatamiento que hacia ella se tenía, como libro del gran mensaje divino. Prueba de ese gran respeto reverencial es la práctica de tantos piadosos varones que sólo de rodillas se atrevían a leer la Sda. Escritura, o conservaban el santo volumen en una alacena iluminada simbólicamente por una luz, o al menos besaban reverentemente la sacra página antes y después de leerla.

Hoy día nosotros, hombres del siglo XX, «espíritus fuertes» como antes se decía, infatuados con nuestra ciencia o pseudociencia, despreciamos con aire de superioridad y conmiseración a quienes se dejaban sugestionar por los extravíos que antes mencionábamos, aun cuando los nuestros sean más graves y funestos; pero también estamos muy lejos de ese admirativo respeto que nuestros antepasados mostraban ante el Sagrado Libro.

11. No solamente a título de curiosidad, sino también por su interés histórico, hemos de mencionar en este recuento el llamado

Libro Verde de Aragón, cuyo contenido era la «genealogía de judíos conversos del siglo XV, escrita por un asesor de la Inquisición de Huesca y Lérida (1486-1490) y que se atribuyó erróneamente al notario Juan de Anchías, de Zaragoza. El objeto del libro era impedir los casamientos entre conversos y cristianos viejos. Pese a varios errores, el libro ofrece datos interesantes sobre la infiltración de judíos en la nobleza española... El gobierno español decomisó el libro en 1623 y prohibió su circulación...» (E. J. C., t. VI, p. 606)<sup>4</sup>.

La denominación de *Libro verde* tomó una acepción genérica de «libro o cuaderno en que se escriben noticias particulares y curiosas de algunos países y personas, en especial de los linajes». En Venecia, por el contrario, llamábase «Libro de oro» («el que contenía el registro de la nobleza veneciana»). Naturalmente esos y otros libros y documentos análogos se manejaron mucho en aquellas inacabables y temibles «investigaciones de limpieza de sangre», que tanta perturbación ocasionaron en la sociedad española desde el siglo XVI al XVIII y trajeron al retortero a tantos ilustres personajes, por ejemplo, al mismo Fr. Luis de León.

12. Terminamos este paseo volandero de libro en libro, en el cual hemos oteado curiosos panoramas psicológicos e históricos del pueblo judío, trayendo a colación otro especial, de buen augurio, que nos lleva al nuevo Estado de Israel, en cuya laboriosa preparación tuvo bastante que ver: el llamado *Libro Blanco*, importante documento político inglés en relación con el Mandato británico en Palestina. La historia sería larga, y solamente quiero mencionarlo.

Las bimilenarias aspiraciones sionistas del pueblo judío, que cantaron los grandes poetas de su estirpe, singularmente Yehudá ha-Leví y otros hebraicoespañoles, en el gran éxito de la Diáspora, orientáronse, a vuelta de vicisitudes innúmeras, en las últimas décadas del pasado siglo hacia la colonización de Palestina en gran escala. El gran líder judío Teodoro Herzl fue la palanca que removió los ideales y energías de los *Hob'êbê Şiyôn*, «amantes de

<sup>4</sup> Puede verse una interesante información sumaria acerca de ese libro en A. DOMÍNGUEZ, *La clase social de los conversos en Castilla en la Edad Moderna*, Madrid, C.S.I.C., 1955, pág. 205.

Sión», y aunque falleció (1904) en plena madurez —cuarenta y cuatro años—, víctima de sus intrépidos y agotadores esfuerzos, su ideal redentor no feneció: siguió germinando. La guerra europea de 1914 supuso un grave entorpecimiento para la realización de esos sueños, si bien dio ocasión a los judíos para allegar méritos en orden a sus aspiraciones.

La Declaración del primer ministro inglés Balfour (2 Nov. 1917) un año después de finalizar la conflagración, prometiendo un Hogar Nacional a los judíos en Palestina, reavivó poderosamente las esperanzas; pero la instauración del Protectorado inglés en Tierra Santa motivó un colapso de esas aspiraciones; sin embargo, en 1922 publicó Churchill el *Libro Blanco* confirmando las anteriores promesas. Ocho años después (1930) apareció el llamado *Libro Blanco Pasfield*, que en parte confirmó y en parte modificó el estado de la cuestión. Durante los dos decenios siguientes el mapa de Europa sufrió tremendas convulsiones. El genocidio judaico perpetrado por los nazis y la ayuda eficaz otorgada por los judíos a los Aliados, como también la situación de Palestina, convertida en un campo de Agramante, precipitaron los acontecimientos. El 15 de mayo de 1948, al finalizar el Mandato británico en Palestina, instauróse el Estado de Israel, y los acuerdos del *Libro Blanco* convirtieron en realidades. Desgraciadamente no se izó simultáneamente la *blanca bandera de la paz* y estalló la guerra entre los Estados árabes y el recién nacido Israel.

Con esto cerramos el Libro Blanco y damos fin a nuestro recorrido de esta reseña histórica del pueblo hebreo visto a través del libro, que demuestra cumplidamente cómo en realidad de verdad es *el pueblo del libro*.

Pero añadamos algunas consideraciones sumarias a título de confirmación del abigarrado relato precedente.

\* \* \*

La Biblia ha sido durante tres largos milenios, sigue siendo y será perpetuamente el gran tesoro espiritual del pueblo de Israel, su fuente inagotable de energía, troquel de su vida profunda y multiforme; nos atrevemos a augurarle porque Biblia e Israel se complementan y son tan consubstanciales entre sí como el alma y el

cuerpo. La historia de ese Libro es la historia misma de ese pueblo, y conste una vez más que no excluimos en este sentido el Nuevo Testamento. El espléndido panorama que se despliega en esas páginas divide en dos la existencia de Israel como pueblo, desde su progenitor Abraham —aparte de los orígenes del mundo y de la humanidad, que como preámbulo se narran en los once capítulos primeros del Génesis—. Actúa como línea divisoria la gigantesca figura de Moisés, el hombre de la Alianza; de consiguiente, la primera parte constituye —en sentido estrictamente bíblico, ya que no universal— como la prehistoria (ya sabemos que la Prehistoria como tal terminó muchos siglos antes) y la segunda, la historia del antiguo pueblo hebreo, hasta la Diáspora, que abre una nueva era.

El contenido de esos 46 libros —y aun los 73, incluido el Nuevo Testamento, como dejamos dicho— que integran el gran Libro, recibe el nombre general de Historia Sagrada, la cual narra, celebra, lamenta, predice, según los casos, las glorias y catástrofes, los fastos y también los sucesos nefastos de ese pueblo: en unos libros, en forma de relatos y episodios de trascendencia nacional, en otros, y también en algunos de esos mismos, en forma de leyes, con la ocasión y razones de su promulgación; en algunos, precisamente de relevante importancia, los sapienciales, en forma de principios de alta sabiduría, máximas morales y educativas, sentencias doctrinales, proverbios y normas de vida; y, finalmente, en los escritos proféticos, sin ejemplo en ninguna otra literatura, proyectando como en reluciente espejo toda la complejidad de su vida y su historia, su pasado, presente y futuro, sus ideales redentores.

Bien se podría aplicar a Israel, pero realzado hasta el *súmmum*, el dicho latino: «*Timeo hominem unius libri*», «temo al hombre de un solo libro», no ya solamente al que, por conocer bien y a fondo un buen libro, es una autoridad en la materia, sino, sobre todo, cuando se trata del Libro de los libros, «penetrante más que espada de dos filos», en frase de S. Pablo, y en él se viene leyendo y estudiando de generación en generación desde hace más de treinta siglos. De ahí también la importancia insoslayable de la Exégesis rabínica para el exacto conocimiento de tantos pasajes, cruz de los intérpretes, del texto escriturario, que solamente algunos gigantes de la Exégesis católica, como Orígenes, San Jerónimo, nues-



tros Alonso Tostado de Madrigal y Fr. Luis de León, con pocos más hasta nuestros días, pudieron aprovechar.

La continuación de esa vida y esa historia, llena de promesas y esperanzas, realidades y frutos en los tiempos bíblicos, se refleja en otro libro de extraña textura, heterogéneo contenido y turbia estrella, verdadera enciclopedia judaica y maremágnum de conocimientos religiosos y profanos, científicos y folklóricos, históricos y legendarios que es el *Talmud*. Tan cabalmente representativo del Israel de la Diáspora es el Talmud, que él ha moldeado en gran parte la mentalidad de este pueblo, a través de tantos siglos de estudio en las *Academias talmúdicas*, así llamadas las de enseñanza superior. El es la continuidad doctrinal y literaria de la Biblia, el gran Digesto judaico, la dinámica escuela de controversia, sutileza y enlace con la tradición.

Pero el Talmud tiene una historia externa dramática y agitada, como objeto de tenaz persecución, por ignorancia de su contenido o equivocada información en gran parte, pues se alzaba como un valladar su abstruso lenguaje. Sin embargo fue objeto, conforme dejamos dicho, de frecuentes quemas, como las juderías medievales o los ghettos modernos, y verdaderos autos de fe, para que el paralelismo con sus estudiosos fuera más completo.

El libro es el gran recordatorio de la humanidad, el más claro y expresivo. «Pon eso en el libro para recuerdo», dice Dios a Moisés, tras la victoria sobre Amalec. Muchos trofeos y estelas de victoria, obra de poderosos o arrogantes monarcas de la antigüedad, erigidos en piedra marmórea o diorítica, fueron pulverizados por la fuerza destructora de los siglos, en tanto que ese relato, estampado «en el libro, para recuerdo», se ha conservado, al igual de tantos otros que leemos en la Biblia.

Sin embargo, no hay duda que la escritura grabada sobre duros materiales sirve también como el libro para perpetuar los hechos y las ideas: es como un libro pétreo o metálico. Por eso Job, deseoso de que perduren sus palabras, reúne ambos procedimientos, el libro y la grabación, en estos versículos:

¡Quién me diera que se escribiesen mis palabras  
y se consignaran en un libro,  
que con punzón de hierro se grabasen sobre el plomo,  
o en la piedra se esculpiesen para siempre.» (Jb 19<sup>23-24</sup>).

El libro, la cultura, son además un arma poderosa —aunque a veces puede ser de dos filos—; así leemos en el Eclesiastés: «La sabiduría da al sabio una fuerza superior a la de diez potentes que gobiernan la ciudad» (Ecls 7<sup>19</sup>); y en otro lugar confirma:

«Había una ciudad pequeña con poca gente dentro, contra la cual vino un gran rey y la asedió, levantando contra ella grandes fortificaciones, y un hombrecillo pobre, pero sabio, con su sabiduría salvó la ciudad.» (Ecls 9<sup>13-15a</sup>).

Bien es verdad que añade con un deje de amargura: «sin embargo, de aquel hombre pobre nadie se acordaba. Entonces me dije: Más vale la sabiduría que la fuerza; pero la sabiduría del pobre es despreciada y sus palabras no son escuchadas» (Ibid. vv. 15b-16). Eso les ha ocurrido y ocurre muchas veces a no pocos, judíos y no-judíos, desconocidos, postergados u olvidados. Pero ahí está en su legado, y, como valientemente dijo nuestro simpático R. don Sem Tob (o Santos) de Carrión:

«Nin vale el azor menos  
porque en vil nido siga,  
nin los ensempos buenos  
porque judió los diga»

Pero la contundente afirmación sobre la primacía del talento en la estrategia y la poliorcética antes citada es definitiva. Hoy día —y aun en la antigüedad en cierto grado— las guerras no solamente se ganan con «*dinero, dinero y dinero*» —recordando la tan repetida frase, que ya Tucídides anticipó—, sino con talento, pericia y saber.

Unos cuarenta términos de todas clases registran los diccionarios enciclopédicos, pertenecientes a la familia *biblos* (libro), con sus compuestos y derivados, y todos ellos tienen plena aplicación al pueblo judío, todos... menos el de *bibliólata*, «persona que posee muchos libros sin conocerlos». Incluso el de *bibliólatra* (y *-ía*),

que vemos definido, aparte de su significación literal de «adorador de los libros», con esta acepción: «entre los protestantes, el que se adhiere demasiado servilmente al texto de la Biblia», concepto que podría atribuirse igualmente, aparte de casos individuales, a la famosa secta judía de las *caraitas* («literalistas» en la interpretación escrituraria) y en alguna medida también a los *cabalistas*, anteriormente mencionados. Pero, tomado el término en su acepción lata de amor apasionado a los libros, es de perenne aplicación a los judíos de todos los tiempos desde que el libro es libro.

Como señal de la profunda veneración que el judío debe a los libros sagrados, se dispone en el Talmud jerosolimitano (Ber. cap. III, n.º 5):

«No está permitido sentarse en un banco donde esté la Torá. En cierta ocasión R. Eleazar, al darse cuenta que estaba sentado en un banco donde había un rollo de la Ley, se turbó y levantóse tembloroso, como el que sorprendiera a su lado una serpiente.»

En el mismo pasaje se dictan otras disposiciones para casos especiales (apartamento matrimonial donde haya un *Séfer-Torá*, alforjas con libros de esta clase yendo a caballo, etc.) en el mismo sentido de salvaguardar el respeto a los sagrados volúmenes<sup>5</sup>.

El amor al gran «Libro» y al «libro» en general en el bibliófilo y el estudioso judío se conjuga con una serie de detalles tipográfi-

---

<sup>5</sup> Añadamos dos referencias más, tomadas del gran comentario sefardí a la Biblia antes aludido (n.º 9), el *Mecam Lovez*, del cual podría entresacarse copioso florilegio sobre el tema. Hablando de la maravillosa fábrica del cuerpo humano dice así:

«Le hizo (Dios) manos para azer obra con elyas i para tomar el libro para melder y azer resto de ofisiyos para mantenerse» (M.L. Ber. 17c).

La otra, de encantadora llaneza casera, revela hasta dónde llega el espíritu sobrenatural que anima todas las páginas de ese libro y su acendrado misticismo, impregnado en este caso de sentimiento seráfico hacia los animales, pero sobre todo de amor al libro. Comentando la creación de los animales en el quinto día del *Hexámeron* dice así:

«I las pulgas y cînçes se krearon para despertar a la persona de su sueño i mire de remedyar su alma kon melder un poko de lo ke sabe i no emplear toda la noçe en dormir».

Verdaderamente no cabe llevar más lejos el amor al libro y la preocupación constante por la propia instrucción y lectura espiritual.

cos cuyo paralelo no encontramos en ningún otro pueblo. Así, por ejemplo, las portadas de libros antiguos hasta el siglo XIX, nos ofrecen todo un variado y artístico poema a esa doble bibliofilia. Aparte de las figuras decorativas de ilustres personajes bíblicos, símbolos, objetos sagrados, etc., ahí dibujados, es muy corriente una inscripción que, a modo de greca, circunda la portada entera, formada de frases bíblicas, más o menos relacionadas con el contenido del libro. Más todavía: hasta la fecha de impresión, por el valor numérico que encierran las letras hebreas, está expresada por una frase bíblica ingeniosamente elegida coincidente, o bien —como tanta exactitud resulta bastante difícil—, destacando las letras solamente utilizables a ese propósito. En el orden tipográfico tampoco se puede ir más allá en cuanto a solicitud por el Sagrado Libro.

Pero todavía más significativas y expresivas, por su hondo valor humano y espiritual son las siguientes admoniciones que el granadino Yehudá ibn Tibbón, «padre de los traductores», que tan admirable labor realizó trasladando del árabe al hebreo las obras maestras del judaísmo español juntamente con otros de su familia, dirigía a su hijo Samuel, seguidor de sus huellas, en uno de esos emotivos *testamentos ético-literarios*, legados a sus hijos y discípulos por los sabios de Israel y que apenas se conocen fuera del área judaica. Se titula *Mûsar 'abîka*, «*la admonición de tu padre*», (Prov. 1<sup>8</sup>), y dice, entre otras cosas:

«Te honré proveyéndote de una biblioteca copiosa para tu uso, librándote de la necesidad de pedir libros prestados. La mayoría de los estudiantes andan preocupados buscando libros: tú, gracias a Dios, prestas y no pides prestado. Incluso de muchos libros posees dos o tres ejemplares... Examina tus libros hebreos cada novitunio, los árabes cada dos meses y los códices encuadernados, una vez al trimestre. Conserva tu biblioteca en buen orden para evitarte la molestia de andar buscando el libro que necesitas. Conoce siempre la librería y estante donde debe encontrarse cada libro, y así, al ir a buscar un ejemplar, verás en tu catálogo el anaquelel preciso en que se encuentra, sin desordenar todos los demás libros. Examina las hojas sueltas en los tomos o legajos y guárdalos; esos fragmentos contienen materias de interés, que yo copié y reuní. No destruyas los escritos o cartas que dejé, y repasa con frecuencia el catálogo para recordar los libros que tienes en tu biblioteca.»

De muchos hombres ilustres del judaísmo consta taxativamente poseían magníficas bibliotecas, como el mencionado Ibn Tibbón, que huyó con ella del furor almohade al Mediodía de Francia, o el famoso visir de dos reyes ziríes de Granada, S<sup>c</sup>muel ibn Nagrella ; de otros muchos bien puede adivinarse. Aún añadiríamos que si a pesar de todo, alguien duda del amor entrañable de los judíos al libro, le invitaríamos a que visite la espléndida biblioteca de la Universidad hebrea de Jerusalén y otras muchas oficiales de Israel, las particulares de tantos israelíes o de otros judíos ingleses, americanos, etc., y hasta las ruinosas, como reliquias de un pasado mejor, que tantas veces vimos en las *yešivás* marroquíes. Esto y, de puertas afuera, el gran número de librerías de nuevo y viejo existentes en Jerusalén o Tel Aviv, la ciudad industrial y tipográfica palestinese, demuestran que el Israel del siglo XX, heredero de un patrimonio cultural único, sigue siendo, hoy como antaño, *el pueblo del libro*.

Como temas de meditación en esta Fiesta del Libro, a ejemplo de lo que diariamente proponía Séneca en sus *Cartas a Lucilio*, quiero ofreceros un breve ramillete de doce sentencias proferidas por autores judíos, antiguos y modernos, a propósito del libro.

Ante todo, tres del gran poeta granadino Mošé ibn <sup>c</sup>Ezra (siglo XI-XII), llamado por su primoroso estilo «el poeta de los poetas». Es la primera: «El compañero más deleitoso es el libro»; la segunda: «El libro te acompaña en la soledad»; y la tercera: «El libro te hace bien sin pedir nada a cambio». Tres consejos, del famoso *Séfer Hasídím*: «Trata al libro con respeto»; «Los libros son para usarse, no para guardarse»; «Si se te caen de las manos oro y libros, recoge primero los libros y luego el oro». El *Séfer Nisahôn* afirma: «El que no estudia, no puede amar a Dios de verdad». «La sabiduría tiene que buscarse; no viene por sí sola», dice Simón ben Lakiš. «Lo que se aprende en la juventud no se olvida fácilmente», asegura R. Abbaye, doctor de la Academia de Pumbedita, mencionado en el Talmud. El mismo añade: «La lección que estudias sea para ti como una música.» «Un libro puede ser cosa tan grande como una batalla», proclamó el gran político inglés, de estirpe judaica, Benjamín Disraeli. Y David ben Gurión, el gran estadista israelí actual, asegura parodiando una frase lapidaria de Aḥad ha-<sup>c</sup>Am sobre el Sábado y su observancia: «Hemos conservado el

Libro y el Libro nos ha conservado». Mejor colofón para nuestra disertación no podríamos encontrar.

En esta rápida excursión a través del «pueblo del libro», que ha resultado una ojeada histórica del pueblo hebreo, visto a través del prisma del libro, tenemos un magnífico ejemplo que imitar. Leamos, estudiemos, meditemos el gran Libro ante todo, el Libro divino, y otros muchos que merezcan nuestra atención, a pesar de las sollicitaciones del cine, la radio, la televisión, los espectáculos deportivos, que tantas horas nos roban. Demos preferencia a los útiles, instructivos, formativos, cada cual según sus gustos y especialidad, pues ante la balumba de los que hoy se publican en todos los países cada año, se siente uno anodado, y sería quimérico pretender abarcarlo todo. Amemos los libros, cuidémoslos, seleccionémósllos y por propia experiencia comprobaremos que los libros son nuestros mejores amigos. Sea ésta la lección práctica que saquemos en la presente Fiesta del libro.

*David Gonzalo Maeso.*